

CLÁSICOS
A MEDIDA



Las mil y una noches

Anónimo

ANAYA

CLÁSICOS
A MEDIDA

Las mil y una noches

Anónimo

Adaptación de Miquel Pujadó

Ilustraciones de Daniel Montero Galán

ANAYA

Para la explotación en el aula de esta adaptación de *Las mil y una noches*, existe un material con sugerencias didácticas y actividades que está a disposición del profesorado en cualquiera de las delegaciones de Grupo Anaya y en www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

© De la adaptación, introducción, apéndice y notas: Miquel Pujadó, 2017
© De la ilustración: Daniel Montero Galán, 2017
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2017
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

Diseño: Javier Serrano y Miguel Ángel Pacheco

Primera edición, marzo 2017

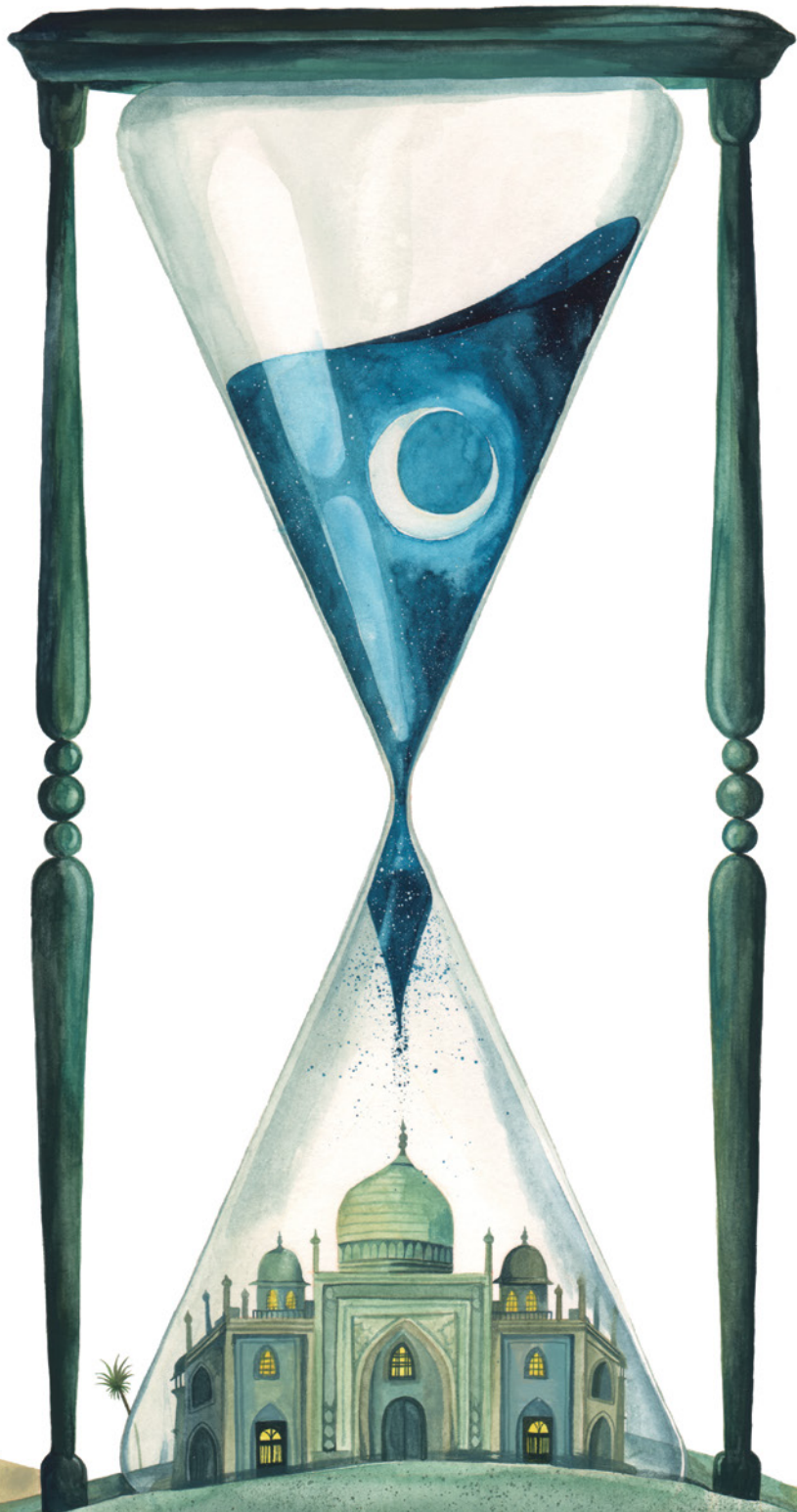
ISBN: 978-84-698-3333-9
Depósito legal: M-3564-2017
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Introducción	5
Las mil y una noches de Sherezade	17
El pescador y el genio	27
Las tres manzanas	47
Los viajes de Simbad el marino	53
Aladino y la lámpara maravillosa	75
Alí Babá y los cuarenta ladrones	111
Apéndice	137



Las mil y una noches

Las mil y una noches de Sherezade



Hace mucho tiempo, un gran rey gobernaba las tierras de la India y de la China. Era sabio y poderoso, y tenía dos hijos. El mayor se llamaba Shariar, y sucedió a su padre cuando este falleció. El pequeño se llamaba Shaseman, y fue nombrado rey de Samarcanda. Ambos eran buenos caballeros, gobernaban con justicia y eran amados por su pueblo.

Reinaron sin problemas durante veinte años, hasta que un día el hermano mayor empezó a sentir añoranza por el pequeño, y le envió a uno de sus visires¹ para invitarle a hacerle una visita. Shaseman aceptó la propuesta de buena gana, y en seguida comenzó a preparar el viaje: hizo sacar las tiendas, los camellos y las mulas, y dio órdenes de abastecer la caravana con víveres de todo tipo. Encargó a un visir que llevara a cabo las tareas de gobierno durante su ausencia, y se puso en marcha hacia el reino de su hermano.

¹ *Visir*: ministro de un monarca musulmán.



Hacia medianoche, Shaseman cayó en la cuenta de que había olvidado en palacio un regalo que deseaba ofrecer a su hermano, y decidió volver a buscarlo él solo. Pero al entrar en sus aposentos, ¡encontró a su mujer en la cama, abrazada a un esclavo negro! Se quedó de piedra y pensó: «Si esto pasa justo cuando acabo de marcharme, ¿qué no hará esta desvergonzada cuando lleve un tiempo viviendo en las tierras de mi hermano?». Cegado por la rabia, desenvainó la espada, mató a su mujer y al esclavo, y volvió al campamento. Ordenó reemprender la marcha y pronto llegó al reino de Shariar, el cual lo recibió con festejos y con la ciudad bellamente adornada de un extremo al otro. Pero muy pronto el hermano mayor constató que el menor ocultaba alguna cosa, ya que no estaba de buen humor y parecía como ausente. Al principio pensó que su comportamiento se debía al cansancio del viaje, pero unos días después, al ver que Shaseman si iba debilitando y estaba cada vez más pálido, decidió averiguar qué le pasaba.

—Shaseman, tienes mal aspecto. ¿No te encuentras bien?
—le pregunto Shariar.

—No mucho —respondió su hermano. Pero no le dio más explicaciones.

Shariar intentaba animarlo por todos los medios, y un día le propuso ir de caza. Shaseman declinó la invitación, y Shariar se marchó solo.

Así pues, Shaseman se quedó en el palacio. Y he aquí que, asomándose a un ventanal que daba al jardín, vio salir por una puerta veinte esclavas y veinte esclavos que iban en dirección a un surtidor. En medio de ellos, caminaba la bella esposa de su hermano. Llegados a la fuente, se desnudaron, y la esposa del rey dijo en voz alta:

—¡Massud!

Un esclavo negro se le acercó y la abrazó, sin que ella opusiera resistencia alguna, al tiempo que los otros esclavos hacían lo mismo con las esclavas, y así estuvieron hasta el amanecer.

Shaseman, que no daba crédito a sus ojos, se dio cuenta de que el mal que lo atormentaba no era nada comparado a la desgracia que afectaba a su hermano. A partir de entonces, y al comprobar que una cosa así no le pasaba solamente a él, se sintió aliviado y, al volver de caza Shariar, encontró a su hermano con mucho mejor aspecto, y comiendo y bebiendo con buen apetito.

—Hermano, ¿por qué estabas tan triste cuando me fui y ahora, al volver, te veo tan alegre?

—Te explicaré por qué estaba triste antes, pero no te diré cómo me he recuperado.

Y le narró todo lo que había sucedido en su palacio con su esposa así que había partido para reunirse con él. Shariar, perplejo a causa de lo que acababa de oír, le suplicó que le explica-

se también la causa de su recuperación. Tanto insistió que Shaseman acabó accediendo y le explicó lo que había visto en el jardín. De inmediato, la voz de Shariar, agria y amarga, retumbó como un trueno.

—¡No lo creeré si no lo veo con mis propios ojos!

—Haz creer a todos que te vas de caza, y escóndete en mi habitación. Así tú mismo podrás comprobar que lo que te he dicho es la pura verdad.

Shariar hizo lo que su hermano le sugería y pudo ver cómo sucedía aquello que Shaseman le había explicado. Cegado por la indignación, pensó que, para vivir así, más valía morir; sin embargo, propuso a su hermano que ambos dejaran el reino y fueran por los caminos para ver si hallaban a alguien a quien le hubiera sucedido algo similar. Camina que caminarás, llegaron cerca del mar, y vieron una gran columna de humo negro que de él salía, y se asustaron tanto que treparon a un árbol para esconderse. De la columna, surgió un genio alto y robusto, con un baúl a cuestas, que avanzaba hacia la playa, en dirección al árbol donde se habían ocultado. El genio abrió el baúl y sacó de él un cofre, del cual salió una muchacha tan bella como un sol resplandeciente. Entonces, el genio dejó que su cabeza reposase sobre las rodillas de la joven y se durmió. Ella alzó la vista y, al ver a los dos reyes en lo alto del árbol, apartó la cabeza del genio, la puso con cuidado en el suelo y se levantó.

—¡Venid, no tengáis miedo del genio!

Los dos hermanos vacilaban, pero ella les amenazó diciéndoles que, si no obedecían, despertaría al genio, y este los mataría sin contemplaciones. Atemorizados, los hermanos bajaron del árbol y ella les obligó a hacerle el amor. Una vez satisfecha, la muchacha les enseñó un collar que llevaba ensartados quinientos setenta anillos.



—Todos y cada uno de los propietarios de estos anillos han yacido conmigo, y este estúpido genio no lo sospecha ni remotamente. Ahora os toca a vosotros: dadme vuestros anillos para mi colección.

Los dos reyes obedecieron, y entonces ella les explicó su historia:

—Este genio me secuestró en mi noche de bodas, arrebatándome a mi prometido, y me encerró en una caja, que metió dentro de un baúl provisto con siete candados, que lanzó al fondo del mar. ¡Pero este estúpido no sabe que, cuando una mujer desea una cosa, nada ni nadie puede impedir que se salga con la suya!

Habiendo comprobado que a todo un genio le habían pasado cosas más graves que a ellos, Shariar y Shaseman se sintieron consolados y volvieron a palacio. Una vez allí, Shariar hizo decapitar a su esposa y a los esclavos y esclavas. Y a partir de aquel momento, convencido de que la traición anidaba en el corazón de todas las mujeres sin excepción, el rey adoptó una costumbre terrible: cada día elegía una muchacha virgen, se casaba con ella, pasaban juntos la noche y, así que despuntaba el alba, ordenaba que le cortasen la cabeza.

Hizo lo mismo durante tres años, hasta el punto que los padres y las madres, aterrorizados, comenzaron a abandonar el reino, llevándose con ellos a sus hijas, y llegó el momento en que en todo el reino no había ni una jovencita. El visir, que era el encargado de suministrar las muchachas al rey, se las veía y deseaba, pues, para cumplir con su obligación.

Y llegó el día en que el visir no encontró ninguna joven y, temiendo un castigo severo del rey, fue hacia su casa, donde vivía con sus dos bellísimas hijas. La pequeña se llamaba Dinarzade, y la mayor, Sherezade.



Sherezade salvó su vida contándole al visir un cuento cada noche. Esos relatos fueron pasando de generación en generación como un preciado tesoro que llenaba de fantasía las mentes de los que los escuchaban o los leían. En este volumen se presenta una recopilación y adaptación de esas mismas historias, pero conservando la atmósfera mágica y la singularidad de sus personajes que a tantos han hecho soñar.

